

Introducción

Saludo especialmente a todos aquellos que comienzan la lectura de estas páginas. Siempre que leo un libro, siento una especie de conexión con el autor, como si de alguna manera entabláramos un vínculo personal a lo largo de toda la obra para luego despedirnos en el final. Entendiéndolo así, tenemos la suerte de relacionarnos con seres humanos extraordinarios que vivieron en diferentes momentos de la historia. **Los libros son máquinas del tiempo.** Gracias a ellos, de niño pude comunicarme con grandes escritores como Julio Verne, Charles Dickens, Emilio Salgari, para luego invitar a casa a Platón, San Juan de la Cruz y Jorge Luis Borges, entre muchos otros destacados pensadores que compartieron y seguirán compartiendo sus obras a lo largo del tiempo. Salvando distancias, espero entablar con ustedes una relación fructífera.

Al momento de escribir este libro, soy alguien que hace más de treinta años intenta cada día descubrir la verdad sobre sí mismo, y, en base a esa verdad, actuar consecuentemente. No pretendo aburrirlos con mis estudios y actividades laborales o profesionales porque en realidad no creo que ellos aporten tanto al objetivo que quisiera comunicar. Solo deseo transmitirles que todos ellos —estudios, trabajos, actividades personales, espirituales, sociales, etc.— se orientan y subordinan a un ideal superior: lograr la plenitud, que no es otra cosa que alcanzar mi mejor versión como ser humano comprometido con su realidad existencial. Nada más, nada menos. No soy especialista en ningún campo en particular ni poseo estudios en materia de filosofía, teología o religión. Esto que muchos podrían ver como una debilidad al momento de escribir sobre asuntos profundos de Fe y Vida, a mi entender aporta algo valioso: contar con la suficiente libertad y tiempo para abarcar muchos temas y vivencias diferentes que serían difíciles de tener si uno fuese demasiado especialista en uno en particular. Así como la especialización brinda conocimiento profundo, la diversificación puede aportar *sabiduría existencial* (muy necesaria para una plenitud más integral y no tan parcial). Resalto esto porque todo lo que compartiremos no proviene de estudios académicos ni de

investigaciones, ni responde a estadísticas o posiciones de tal o cual institución, sino que constituye mi visión del hombre y de su relación con la realidad existencial. Esta mirada es fruto básicamente de mis últimas tres décadas de vida bien vivida (y rara a la vez). En definitiva, esta breve presentación sirve para decirles que soy un colega —un par— de ustedes los lectores en nuestra búsqueda común de realización personal.

¿Por qué decidí escribir este libro? Para compartir mis experiencias y respuestas personales a lo que entiendo representa el mayor desafío que tenemos en común los seres humanos: ser felices. Somos todos diferentes, únicos en nuestra existencia, sin embargo nacimos de una mujer. Tenemos diferentes colores de piel, pero los mismos órganos. Distintas realidades sociales, culturales, educativas, políticas, económicas, etc., pero el mismo anhelo de ser felices. ¿Acaso alguien conoce a alguna persona que trabaje y se empece en ser infeliz? ¿Que dedique todo su tiempo, talento y esfuerzo en pasar la vida de la peor manera posible? **La búsqueda de la felicidad nos es común a todos, más allá de las formas y los resultados que se obtengan.**

Existen ciertas corrientes de pensamiento actuales que ven en el intento de búsqueda de felicidad una suerte de *trampa-engaño*. Advierten sobre un posible daño psicológico o emocional que acarrea la búsqueda de algo considerado, a esta altura, utópico. Aluden que, al tratarse de algo inalcanzable para las personas, termina frustrándolas constantemente y privándolas de poder aceptar su realidad. Piensan, en cambio, que *vivir el momento* es la única fuente posible de satisfacción. Sin embargo, la realidad nos demuestra que la búsqueda de la felicidad —o cualquier otro rótulo que se le quiera dar— sigue estando entre las principales prioridades de los seres humanos. Todos buscamos lo que creemos nos hace bien, como también todo aquello que nos hace mejores personas. Y lo hacemos porque —conscientes o no— contamos con las herramientas indispensables y poderosas para lograrlo: *libertad* y *razón*, atributos que nos diferencian del resto de los seres vivos de la creación. Un uso adecuado y superador de nuestra libertad y razón nos pueden ayudar a ser felices y a gozar —en el buen sentido del término— de la vida que se nos presenta.

Me niego a renunciar a mi felicidad porque, en definitiva, ¡estoy hecho para ella! Por más duro e injusto que parezca el mundo, por más miserables que sean las personas, no estamos condenados a la

infelicidad o al vacío existencial. En todo caso, ese vacío podría ser consecuencia de nuestra dificultad para amarnos y respetarnos adecuadamente, como también de nuestra imposibilidad de encontrar el camino correcto para nuestra existencia. Pero no por eso deberíamos justificar o resignarnos a vivir una vida de infelicidad cuando estamos llamados —lo sentimos casi de manera constante— a crecer, a superarnos, a sentirnos bien y, por ende, a vivir mejor. Con *estar llamados* no me refiero necesariamente al mandato de un ser superior, de una religión, de una organización humana, etc., sino a ese *impulso interior* que brota de nuestras entrañas, a diario para algunos y cada tanto para otros. Una fuerza o voz profunda y misteriosa a la vez que nos susurra —cuando no nos grita— a la conciencia: *Querete, amate, estás para más y podés más, la vida vale la pena*. Estoy convencido —así me lo hizo saber la vida misma— de que el hombre desea ser feliz; está en su esencia como respirar, alimentarse y relacionarse con los demás. Ese deseo de felicidad es el motor que produce la energía suficiente para llevar adelante las infinitas cosas que hacemos diariamente: despertarnos, asearnos, comunicarnos, trabajar, estudiar, alimentarnos, cruzar la calle, etc. Sin ese motor no saldríamos de la cama (como lamentablemente le sucede a muchos).

Ahora bien, ¿de qué depende ese motor que busca nuestra felicidad? ¿Cuál es su combustible? El amor. Esta palabra de cuatro letras tan usada y a la vez maltratada parece casi imposible de definir. ¿Qué es verdaderamente el amor? ¿Qué o quién puede definirlo? ¿Alcanzan 1 o 1000 expresiones para abarcarlo íntegramente? ¿Basta con estudiarlo, analizarlo y hasta vivirlo para poder transmitirlo adecuadamente? ¿Existe un mismo amor para todas las personas? Las posibles respuestas a estas y otras preguntas profundas que nos iremos haciendo son las que pretendo desarrollar en este libro. Por el momento, solo compartiré que no tengo una respuesta única sobre el amor y su significado para las personas. Sin embargo, me atrevo a afirmar que **todo lo que hace la gente en su vida y con su vida está relacionado con el amor. Todo tiene que ver con su necesidad de amar y ser amado** (aunque algunos no lo reconozcan así). Toda acción y reacción humana responde, en el fondo, a nuestras necesidades de amor: ser capaces de amar y permitirnos ser amados. Todo lo que queda fuera del amor entre las personas, corre el riesgo de descender a lo animal. Abre las puertas a lo *no humano*, por ende atenta contra su esencia y su propio existir. De ahí la importancia del amor. El amor es la garantía de

lo humano, su característica fundacional y fundamental. Sin amor no hay persona, sin personas no hay paz posible, sin paz se dificultará la felicidad.

Esto es en gran medida lo que les está sucediendo a los seres humanos individual y colectivamente desde hace siglos: no le encuentran la vuelta al amor (para expresarlo en términos mundanos y no tan filosóficos). Lo siguen anhelando y viviendo, pero es evidente que no lo están haciendo de la mejor manera posible. De allí tanta frustración, tanto desengaño, tanta violencia, tanta esclavitud en todo sentido. ¡Tanto libro y cultura de autoayuda! La persona herida en su incapacidad de llevar adelante el amor de manera satisfactoria para su existencia —pero a su vez dispuesta a no renunciar a ese derecho— tiende a buscarlo donde sea, como sea y cuando sea. Cree que en esa búsqueda se está jugando su propia felicidad. Muchos ya comprendieron que no basta con todo lo que uno puede tener, el amor se refiere al ser. *Ser para amar mejor* y no tanto *tener para ser mejor* (sutil y, a la vez, enorme diferencia para sabios más que para inteligentes).

Nos aproximamos a la pregunta esencial del ser humano: *¿cómo ser feliz amando?* Creo tener la respuesta, pero más allá de mi convicción hay otras tantas respuestas como personas que existen. ¡Cada persona es una pregunta y respuesta sobre la vida! Por lo tanto: *¿cuáles serán las mías?* *¿Cuál será mi testimonio de vida acerca de la felicidad amando?* La respuesta es personal, ¡nunca colectiva! Por más buena voluntad y ayuda de muchos otros que me quieren y desean lo mejor para mí (padres, familiares, pareja, amigos, etc.) yo personalmente debo salir a buscar, encontrar y transitar el camino que crea mejor para dar esa respuesta. Esa es *mi* tarea, ese es mi aporte original, único e irrepetible a la creación. Por eso convendrá elegir bien el camino porque la vida es una como también lo es nuestra oportunidad de felicidad amando. No volveremos por esta vida, no volveremos por las mismas situaciones que ya vivimos. Todo eso, lo presente y lo que vendrá, será ¡siempre único! Ante este desafío existen y existirán miles de caminos. Pero no todos son iguales, no todos conducen al mismo lugar ni otorgan la misma satisfacción al transitarlos.

Este libro pretende tratar acerca de uno de esos muchos caminos que el hombre tiene para transitar en su búsqueda genuina de felicidad. Camino que no es nuevo, sino que fue presentado hace más de veinte siglos. Pero que, sin embargo, gran parte de la humanidad no ha

sabido descubrirlo, conocerlo y vivirlo en todo su potencial. Porque si lo hubiese hecho, otra sería la historia, otro el mundo y otro el hombre actual. ¿Cuál es ese camino? **La Santidad en Cristo**. A partir de esta afirmación puedo imaginarme la decepción o desilusión de algunos lectores, como también quizás la incredulidad y curiosidad de otros: ¿qué hay de nuevo en eso? ¿Tiene la fe cristiana algo novedoso e interesante para aportar después de 20 siglos? ¿Qué es en definitiva la Santidad y qué representa en el siglo XXI? Los espero en el Capítulo 1.